



El delirio de las monjas muertas

Aguafuerte, aguatinta y punta seca

45 X 56 cm

1973

EN TORNO AL OFICIO DE ESCRITOR

Juan Manuel Roca

Decía Vladimir Nabokov, ese viejo reflexivo y burlón que nos ha dejado grandes lecciones de literatura, que ésta, la literatura, no nació el día cuando un muchacho de un valle del Neardental llegó gritando: ¡Un lobo!, ¡Un lobo!, y tras de él, cuatro patas al aire, un lobo gris blandía su lengua chasqueante.

Dice, mejor, que la literatura nació cuando un niño de un valle del Neardental llegó gritando: ¡Un lobo!, ¡Un lobo!, y detrás de él nadie venía.

Con este recuerdo de Nabokov quisiera señalar el carácter fabulador de toda la mejor literatura, carácter que aún partiendo de la más precaria realidad inmediata, la transgrede, la rebasa en un acto creativo en donde la ética y la estética corren paralelas al gesto literario, al ademán lúdico que reposa en todo verdadero arte.

Así se genera el juego literario, que como todo juego, y recordando a Huizinga, quiere ser bello, quiere entrar en los dominios de lo estético.

Creo, sí, en el oficio de escritor como creen los niños en el juego, sin que éste reste nada a la condición seria de sus juegos. Extraer del blanco del papel, de esa llanura blanca, imágenes que nos hablen de nuestra condición de hombres capaces de la ensoñación y la realidad a un mismo tiempo, para transformar nuestra representada cotidianidad en un estadio más alto de la sensibilidad y del pensamiento, es decir, la poesía. Y decir poesía es decir volver a habitar, como quisiera Karl Krauss, la vieja casa del lenguaje.

La palabra como expresión vital, como hecho real de saber que no estamos solos en el mundo, hacen del escritor una suerte de captor, de cazador de lo maravilloso que subyace bajo las más vacuas apariencias. Pesquisas, sí, por lo maravilloso, merodeos por lo inusitado, he ahí la gran aventura del poeta.

Cada cual lo encarárá a su particular manera de entender el hecho estético. Así, desde esa vieja y maravillosa concepción rimbaudiana de entrelazar la vigilia y la realidad por medio del desajuste

de los sentidos, la poética que se desliga de lo puramente racional, tiene como epicentro el deseo de un largo, prolongado estado de ensoñación que los antiguos llamaron musa o inspiración, y que en los tiempos modernos no son otra cosa que atención al adentro y al entorno, a la observación detenida del mundo. Mundo, que cuando se corre el velo de la más espesa cotidianidad, pasa al poema ennoblecido.

Para que este nuevo regresar a la casa del lenguaje, a esa casa donde los juegos son también altos fuegos, más allá de lo que Hugo von Hofmannsthal denominaba “los juegos de manos retóricos”, se elevará la poesía en verdad.

Según el propio Hofmannsthal, habría de rebalsarse ese estado cuando los escritores se sienten como encerrados “en un jardín poblado de estatuas sin ojos”. Porque al texto escrito confluyen en un desbande maravilloso los objetos banales, como una sombra en un muro, o un árbol caído después de la tempestad, igual que el pensamiento filosófico nacido de algún otro libro. Todo, absolutamente es modificable en poema, algo en lo que Baudelaire tanto insistió, creando una idea anómala a aquella de pensar en los temas preconcebidos poéticos, con palabras preconcebidas poéticas, también.

Escribir es escuchar. Escuchar el dictado de la observación lenta, minuciosa de la realidad, y de la imaginación, que también es real. Si ante la página en blanco no se escucha el dictado del adentro, esa especie de canto de sirenas que escuchó Ulises sin cubrirse de cera los oídos, si la reflexión frente a la maravilla de estar vivos, respirando a pleno pulmón la vida del “otro”, del yo del adentro que por un largo itinerario se va haciendo yo colectivo, no se es, difícil acceder al poema. Quizás por eso desde los románticos alemanes se ha recavado en la idea de que sólo los niños o los locos tienen una aproximación más desnuda al hecho poético. Así, poeta que no logre mantener vivo su niño, o que no logre pastorear su locura como algo natural, es decir, que no tenga capacidad de asombro, trajinará los caminos ya trajinados de la poesía mediatizada, de la poesía que no

cumple con el requisito de revelación. Porque eso es lo que pedimos del escritor: que nos enseñe por primera vez lo que quizás ya hemos visto, pero con los ojos siempre nuevos del que asiste a un primer acto, a una primera nominación del mundo.

En algún otro lado he escrito una especie de poética, es decir, mi concepción de la poesía. Ocurre que en algún sitio de su obra *El Origen de la Locura en Asia*, Frazer cuenta cómo una tribu que invadió a los Malayos entró en contacto con una desconocida flor roja. Se reunieron, dice Frazer, en círculo alrededor de ella y extendieron sus brazos para calentarse. Tal vez el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, fundar el mito, atrapar el imposible.

He aquí esa idea seductora de crear a partir de la supuesta imposibilidad de atrapar imposibles. Porque uno escribe casi siempre para transformar la realidad, no para reproducirla tal como es, y de allí que la más alta expresión literaria es aquella que no nos devuelve la imagen a través de los espejos. Los espejos, dice Cocteau, deberían pensarlos mejor antes de devolver sus imágenes. Espejos deformes, pues, son los poemas, deformes y anómalos, pero que en su alta dimensión estética puede hablarnos, también, de las más inmediatas realidades.

De esa pugna entre la realidad y la ensañación, nace el deseo de escribir, que en mi caso, a veces es ganado por la balanza real y otras por la balanza soñada, fabulada mejor. Evasión, así catalogan los enamorados de la realidad a aquellos que intentan un mundo autónomo, paralelo en la escritura, paralelo, digo, al simple rasgo sociológico y si se me apura, histórico. Y pienso entonces en el padre del modernismo, en Rubén Darío, que a la par de fustigar a Roosevelt y de mostrar cierto americanismo que tenía que ver con su directo entorno nicaragüense, llegaba también a extremos de fabulación cuando vivía en un cuarto tugarial, y veía en los gallineros en lugar de vulgares gallinas, cisnes, y en vez de campesinas famélicas, cortesanas de rostros blanquesinos paseando por los recintos de Versalles. A mí, esta anomalía, de no tener un tinte un tanto exotista y a veces epidérmico, me parece maravilloso. Me maravilla, sí, la capacidad fabuladora y eso busco en cada uno de estos juegos sacros que son la poesía.

Quiero señalar con esto que el oficio de escritor está dictado por un deseo de ser auténtico, de negarse a escribir cualquier aspecto del mundo que no sea sentido.

Y no hago otra cosa, entonces, desde mi precario oficio, que intentar volver, como lo pedía Karl Krauss, a la vieja casa del lenguaje. A esa casa en donde se funda y crea, donde lo mejor del espíritu humano se hace verdad poética, lugar de hallazgos. Pues escribir es encontrar.



Retrato de un desconocido No. 2
Prueba de estado
Aguafuerte, aguatinta y punta seca
49 X 65 cm
1971